

MARI PAZ ORTUÑO / CONVERSACIONES CON ANA MARÍA MATUTE

Conocí a Ana María Matute una tarde de otoño. La conocí personalmente, me refero, porque conocerla, la conocía de antes. El primer libro que leí fue *Los niños tontos* y supuso un impacto tan grande que me puse a escribir cuentos a imitación, no tendría más de diez años, y ya había leído mucho, pero lo que tenía entonces en las manos era otra cosa. Esa lectura me salvó la vida en aquellos veranos calurosos y monótonos de mi infancia.



 Ana María Matute

La tarde en que me presenté en su casa, iba hecha un flan, nunca imaginé que pudiera conocerla, porque no pensé ni siquiera si existía, me importaba poco; lo que me importaban eran sus libros, su literatura, sus personajes. Aquella tarde fue el inicio de una gran amistad, porque descubrí también a una gran persona —con los años he comprobado que ser buen escritor y buena persona no siempre van de la mano—. A aquella le siguieron otras tardes, mil tardes de los últimos treinta años de su vida en que la pude conocer más, aunque no del todo, porque había rincones en los que no dejaba que nadie entrara. Ella que era franca, abierta, hospitalaria, que te abría su casa y su corazón con toda generosidad, nunca te mostraba a la verdadera Matute, a esta solo la encontrabas rebuscando en sus libros.

Aquel día hablamos de *Los niños tontos*, de ese libro extraordinario (precursor de lo que después se llamó microrrelatos), poblado de criaturas marginales, autistas, feas, tontas, diferentes, que te rompían el corazón. No sabía dónde clasificarlo: ¿cuentos cortos, prosa poética, poesía novelada?; ella los definía así: «niños tontos», y contaba que eran los cuentos «de la espera»: «cuando estaba esperando en el médico, o en el bar a que llegara Ramón Eugenio a pagarme el café, con mi dinero, claro, o en casa...», me decía: voy a escribir un «niño tonto», y de ahí salieron «El niño al que se le murió el amigo», «El niño que no sabía jugar» y tantos otros.

Mucho de estos niños, y de todos los niños que pueblan su obra, Ana María se los había encontrado en sus primeros años en Mansilla y los miraba absorta porque no se parecían en nada a sus amigos de la ciudad («A Mansilla mi madre llevaba toda la ropa que se nos quedaba pequeña. Mis hermanos y yo teníamos unos pijamitas de seda azules y marfil, a rayas, y mi madre se los dio a una mujer que tenía varios hijos, y estuvo muy agradecida, y bueno... ¡el día de la fiesta del pueblo los llevaban puestos!»). A otros los había visto en el parque a donde acudía con la tata; estaban allí mirando con envidia la merienda que ella y sus hermanos comían («En el parque había una mujer que se llamaba Paca; le decían la jardinera porque vendía flores, y tenía un terreno de lo más miserable que te puedas imaginar y una

casa más mísera que la de los campesinos de Mansilla. Yo jugaba con sus hijas, una que se llamaba Sarita, que tenía mi edad, y yo por las noches en mi cama pensaba en aquella pobre niña durmiendo en esa casa: «la Sarita estará ahora en aquella casa muerta de frío». La tata nos llevaba la merienda y ellas nos miraban cómo comíamos. Claro yo ahora no lo hubiera consentido, pero entonces era pequeña, y veía aquella carita y su mirada...»). Los había conocido a lo largo de su vida,

de pequeña asombrada y de mayor con dolor. Su mirada los descubría allí donde los demás no veían nada. Cuando le decía que me gustaría ver el mundo como ella, me respondía: «No te lo aconsejo, se sufre mucho».

Y ese sufrimiento, esa mirada especial hacia las cosas, que le hizo descubrir la injusticia, la incompreensión, la soledad, fue la que la llevó a escribir. A explotar, como una protesta, como un grito que salía de las entrañas.

Pero Ana María no era una mujer triste ni amargada, al contrario era alegre y vital. Disfrutaba de todo lo que tenía a su alcance. Se bebía la vida, como un buen trago de vino, paladeando, gozando y compartiendo. Tenía un gran sentido del humor, ese sentido del humor que tienen las personas sabias: la necesidad de desdramatizar las situaciones más duras, complejas o difíciles, con una actitud existencialmente positiva. Y también se reía de su sombra, y la verdad es que a veces había motivos para hacerlo, «lo que no le pase a la Matute, no le pasa a nadie», decía. Un día durante un festival en Segovia, en la cena me pidió que al volver al hotel cogiéramos un taxi porque no podía más con los pies, le habían estado doliendo todo el día, bajé los ojos para ver qué zapatos se había puesto y ¡los llevaba al revés! «Ya decía yo que pasaba algo», explotó entre risas. Como esa podría escribir un largo libro de anécdotas, algo así como *Las aventuras de la Matute en el mundo real*. Y es que Ana María no acababa de comprender el mundo que le rodeaba, ese mundo real, porque el suyo era otro, «el de papel». No comprendía el que le había tocado, esas monjas que la martirizaban, esa familia burguesa en la que no encajaba, esas mujeres coetáneas que no se parecían en nada a ella, esas normas, de las que escapó pronto, pero que siempre estuvieron allí; escapó de la familia pero la tenía presente siempre, no podía soportar los conflictos familiares, las desavenencias, porque en el fondo seguía siendo aquella niña náufraga que quiere llegar a la isla, pero no suelta la tabla y se queda a la deriva en alta mar.

A pesar de su actitud vital, se había hundido muchas veces, porque la depresión la había rondado y cogido en sus garras. En una



M. P. ORTUÑO /
CONVERSACIONES
CON ANA MARÍA
MATUTE

época en que todo le sonreía, sus obras triunfaban, había recibido los premios literarios más importantes, había recuperado a su hijo, vivía feliz en Sitges con Julio..., todo se vino abajo y cayó en una depresión, ella lo llamaba el Vacío, con mayúscula. En la portada del manuscrito de *Olvidado rey Gudú*, bajo el título, hay una relación de los años en los que estuvo escribiendo la novela: «1971-1972 Sitges; 1973-1974 Llegada del mal; 1975, 1976, 1977, 1978 EL VACÍO; 1978-(a partir de septiembre) Charlotte Virginia (USA)». Pero esa es otra historia.

Todas aquellas tardes, digo, tuvimos miles de conversaciones. A veces sobre cosas importantes que ella resumía con una frase, esas frases de la Matute lapidarias y tan cargadas de razón. De ella aprendí que «la vida es perder cosas»: quien no pierde no vive. Al contrario de lo que muchos creen, del afán por acumular, por tener; para ella el vivir se medía con el perder, si no has perdido amores, casa, amigos, familias, no has vivido. Ella vivió mucho y lo perdió todo, pero tenía algo que la mayoría de los mortales no tendremos nunca, sus libros, su mundo, su universo.

Otras veces las conversaciones giraban sobre cosas cotidianas. Le gustaban las cosas inútiles, los pequeños objetos que definen una vida: las gafas sin dueño de un difunto, las viejas muñecas de niñas que crecieron y murieron, el pan con chocolate que tenía en las manos un hombre muerto, al que vio en un descampado un día de guerra en que salió con su hermano a jugar por las calles. En ese pan que no se pudo comer estaba todo lo que ese hombre perdía, lo que ya no viviría. Como esa felicidad que no se alcanza nunca.

Su habitación, su refugio, en el que no permitía que entrara nadie, estaba lleno de estos pequeños objetos, cargados de vida: lápices de colores diminutos de tanto sacarles puntas, pero a los que le perdonaba la vida y seguían allí en el cajón año tras año, recortes de periódico, trocitos de servilletas, herramientas, botecitos, cosas que habían ido quedando en su vida después de perderlo todo, los restos del naufragio, los restos de la vida. Nada o casi nada.

Aquellas tardes, también, hablábamos de literatura, de las lecturas distintas que habíamos hecho sobre un mismo libro; eso es lo bueno de la literatura (y del arte en general): que tiene tantas interpretaciones como lectores, y todas pueden ser legítimas y, por supuesto, no coincidir con la de autor. Ella muchas veces no estaba de acuerdo con las lecturas que hacían los críticos de su obra, o estos le descubrían cosas en las que no había pensado: «A menudo, los libros son más misteriosos para el autor que para sus lectores», frase también lapidaria que escribió para una de las ediciones de *Fiesta al Noroeste*.

Y uno de esos misterios de su obra que yo me empeñaba en desentrañar era el de las madres. No están. Apenas hay madres en sus libros. O están ausentes, o muertas o se convierten en madrastras. El conflicto con la maternidad es también el conflicto con las mujeres, sus protagonistas femeninas no se llevan bien con otras mujeres, no tienen amigas, aunque sí amigos, anhelan siempre emular a sus hermanos varones, y no a las hermanas, que pertenecen a una clase de mujeres a las que no entiende. Son las mujeres que ella llamaba «recortadas», fruto de un país y de una tradición en que solo podían aspirar a ser buenas hijas, buenas esposas y buenas madres. En ese mundo «femenino» ni Ana María ni muchos de sus personajes encajaban, así lo dice en *Luciernagas*: «Sol, posiblemente, quería más a su padre, pero hacia su madre la empujaba un sentimiento admirativo, como si no se considerase digna de ser su hija [...] “Dios —decía la vocecilla negra que la atormentaba—, yo no seré como ella, no seré

así”. Sin embargo, Sol crecía sin otra perspectiva que la de convertirse en una mujer semejante».

Hablábamos de esto y hablábamos, como digo, de la falta de relación de los niños con sus madres. Estas no existían, muchas porque habían muerto al nacer el niño, como en muchos de sus cuentos. El comienzo de «La ronda» es toda una declaración de intenciones: «La entrada al mundo de Miguel Bruno costó trescientas sesenta pesetas de honorarios al médico rural, cincuenta más por gastos especiales, tres comidas extraordinarias y la vida de la madre». Así de inicio, nada más empezar. O habían muerto cuando el niño era pequeño, como en «Chimenea»: «Con esto, llegó la desgracia, que fue cara al invierno. Esta fue que mi madre se ahogó con la riada grande, porque fue en busca de una vaca perdida del alcalde, y el río las arrastró a las dos. Se murió, así fue, señor»; o en «Pecado de omisión»: «a los trece años se le murió la madre, que era lo último que le quedaba». Y en novelas como *Primera memoria*, donde solo hay dos menciones a la madre, una en boca de la abuela: «... mientras hablaba entre suspiros de mi corrompido padre (“Ideas infernales, hechos nefastos”) y mi desventurada madre (“Gracias a Dios, en Gloria está”)), y otra en boca de Matia: «Tenía doce años, y por primera vez comprendí que me quedaría allí para siempre. Mi madre murió cuatro años atrás». En *Fiesta al Noroeste*, Juan Medinao crece en medio de un padre poderoso y una madre amargada y beata; tras el nacimiento de Pablo, hijo del padre y de otra mujer, la madre se suicida y Juan queda solo. En una imagen estremecedora, Juan se enfrenta a la madre muerta: «Se detuvo, al fin, junto a los barrotes de la cama. Rígida, con la cara tapada, estaba la muerte servida en el lecho [...] Por uñas y ojos, le entró el invierno, y parecía que huía su sangre como un río. ¡Ser niño, tener solo cinco años!». En su novela póstuma *Demonios familiares*, Eva se cría sola con su padre, porque su madre murió siendo ella pequeña. En esta última novela hay otra Madre en mayúscula, la del Coronel, el padre de Eva, muerta también, pero siempre presente mirando de reojo y con dureza desde su retrato colgado en el salón.

En otros casos la madre vive, pero está ausente, no se preocupa por el hijo o simplemente lo desprecia. En «Algunos muchachos»: «Nunca mamá entenderá estas cosas, para qué va a entenderlas, qué falta le hace a nadie. Mejor así, ausente, con sus problemas con papá, mejor que se separen de una vez, y no sé por qué tanta monserga para decirse adiós». En «La oveja», la madre le repite una y otra vez a la niña que es mala: «Eres mala. Desde que naciste lo supe. Eres mala, no eres como tus hermanos... Cuando achicas los ojos, eres la imagen de la maldad», o en un diálogo desgarrador posterior «—¿Y tu madre? —Hace mucho tiempo que no la veo. —Quizá esté muerta. —Oh, no. Los muertos no la quieren». Este conflicto de Ana María con la maternidad está incluso en los cuentos infantiles: no tiene madre *Paulina*, ni tampoco *El polizón de Ulises*, y en *Solo un pie descalzo* la madre tiene hacia la hija un gran resentimiento.

¿Por qué este desarraigo?, ¿por qué esta falta de unión entre madres e hijos? Diría que por tres razones.

La primera es obvia, los niños y los adultos de sus obras son personajes solitarios, incomprendidos, abandonados. La madre es la protección, el cobijo, el amor. Si le quitas a la madre, el niño se queda solo, aislado, desprotegido, sin nada a lo que agarrarse.

La segunda puede ser reflejo de su propia existencia. Las madres de las clases bien, en su época, estaban bastante ausentes de la educación de sus hijos, que relegaban, por un lado, a buenos colegios y, en el ámbito doméstico, a las tatas. Así en *Paraiso inhabitado*, donde la niña sí tiene madre, pero esta es muy distante con sus hijos —mien-

tras que las tatas son cariñosas—. Al modo que, en la ficción literaria, refleja la Celia de Elena Fortún (tan querida por Ana María), criada por la tata, mientras que su madre se preocupaba de fiestas, de salir y de lucir a los hijos solo cuando los amigos venían de visita. Los padres, sin embargo, eran a veces más cariñosos, como el padre de Celia o el mismo padre de *Paraiso inhabitado*. (Hay una escena memorable en la que el padre lleva a la niña al cine y pasean de la mano; y en ese unir de manos se dicen más que en mil conversaciones). Ana María comparaba a su madre con el Cid, una castellana, adusta, seria, siempre en su sitio, que ella recordaba que le había dado solo dos besos en toda su vida; mientras que su padre era como Ulises, el Mediterráneo, la luz, las ganas de disfrutar. En ese contexto Ana María siempre tuvo esa carencia de madre (que suplió su querida tata Anastasia, de la que aprendió tantas cosas). Aunque, paradójicamente, su madre fue la persona que más respetó su vocación literaria. Le guardó todos los escritos y dibujos que había hecho de pequeña y el día que se casó (el día que salió de la casa familiar) se los entregó. Y paradojas de nuevo de la vida, Ana María solo podía escribir con una persona delante: con su madre. «No puedo escribir con nadie delante, la única persona, curiosamente, ha sido mi madre. Nunca tuve una buena relación con ella; sin embargo, siempre me respetó como escritora. Le gustaba mucho que yo escribiera, creo que en su fuero interno le hubiera gustado hacerlo a ella. Antes de casarme, mientras mi madre hacía punto, me leía lo que yo había escrito, me dictaba, y yo volvía a copiarlo para corregir. No copiaba exactamente lo que me decía, sino que, conforme la oía, yo lo iba transformando y escribiendo la nueva versión. Luego, claro, la volvía a corregir, pero siempre el primer paso de la corrección lo hacía con ella. Ella dictaba y yo le decía: “Espera, espera”, mientras pensaba cómo lo iba a poner, y ella, mientras esperaba, volvía a su punto. A ella también le gustaba mucho ayudarme con aquello. Después, cuando me casé, todo cambió».

Esas madres ausentes o distantes eran también así en el campo, aunque por motivos distintos. En los cuentos que tienen como fondo el campo español, muchos de ellos basados en la Mansilla de su infancia, las madres a veces son más cariñosas con los animales que con los hijos: «Estaban obligadas a portarse así porque la vida era muy dura, y ellas tenían que endurecer a sus hijos para que no se murieran. La mujer era el baluarte de la casa. La mujer tenía que cargar con los niños, con el campo, con el trabajo del campo, con la huerta, con las comidas. ... yo lo he visto en las mujeres del campo que se reúnen cuando muere una vaca y lloran juntas. Y dicen: vaquita mía, bonita... Porque es todo lo que tienen, eso y la tierra. También hay una cosa que viene de la Edad Media: los hijos no se tienen por cariño sino como una inversión, son manos para trabajar y para que cuando te hagas viejo te mantengan. Es una inversión. O sea que el cariño ahí es algo secundario, no digo que no exista, porque lo he visto y lo he comprobado».

Y yo veo una tercera influencia de esa ausencia de madre: los cuentos populares (aprendidos de boca de la tata y de la abuela de Mansilla o de las mujeres que iban a hacer faenas a su casa, como la cocinera Isabel) y sus primeras lecturas, los cuentos de hadas, los de los Grimm, Andersen, Perrault, pero los verdaderos, no las versiones dulcoradas de Disney y compañía que tanto daño han hecho y tanto despreciaba. En muchos de estos cuentos, la madre no existe, es mala porque abandona a sus hijos o su puesto lo ha ocupado una malvada madrastra o una terrible suegra-ogro (como *En el verdadero final de la Bella Durmiente*). La madre ha muerto en la *Cenicienta* («iba todos los días a llorar sobre la tumba de su madre»), en *Blancanieves* (sustituída

en ambos casos por una terrible madrastra, que no es más que la otra cara de la madre), en *La bella y la bestia*; o la madre abandona a los niños a su suerte como en *Hansel y Gretel* y *Pulgarcito*, o la manda sola al bosque, como a *Caperucita*. Decía Bruno Bettelheim en su libro *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*: «¿Por qué en estos cuentos la figura materna es tan despreciable, mientras que el padre es simplemente inútil e inepto? El hecho de que se describa a la madre (madrastra) como un ser perverso y al padre como alguien sumamente débil, hace referencia a lo que el niño espera de sus padres... Si la madre abandona al pequeño en los cuentos de hadas, la vida de este estará plagada de peligrosidad, como ocurre en *Hansel y Gretel* cuando su madre insiste en deshacerse de los dos niños».

Y volvemos así a la primera de las razones: sin madre, el niño está en la más absoluta soledad y abandono, que pueden ser físicos (madre muerta) o psicológicos (madre ausente o distante). Porque, como decía, un escritor no tiene por qué hablar de su vida para que su vida esté en su obra. En Ana María claramente está en sus personajes, en sus obsesiones y preocupaciones: soledad, desamparo, injusticia, incompreensión, odio entre hermanos, ese cainismo tan español, las heridas que se pudren y no sanan nunca, todo eso está en su obra. Como están esos personajes, niños y adolescentes, naufragos de la vida, que no pueden deshacerse de su infancia porque lo que queda de ellos es solo y exclusivamente esa infancia.

Y me vienen a la mente montones de recuerdos, miles de conversaciones, de risas y penas, de lecturas y relecturas con los que solo se vislumbran algunas facetas de Ana María, porque ella, la verdadera, solo estaba en sus libros. En ese universo inventado, pero tan real. Que refleja tan bien las últimas palabras del discurso de entrega del Cervantes «... si en algún momento tropiezan con una historia, o con algunas de las criaturas que transmiten mis libros, por favor créanselas. Créanselas porque me las he inventado».

M. P. O.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA



La Cenicienta por
Gustave Doré



Blancanieves por
Gustave Doré



Pulgarcito por
Gustave Doré